

**rafael
mendoza**

PERSISTENCIA DE LO COLONIAL EN LA LITERATURA SALVADOREÑA

Introducción

Con estas observaciones se pretende establecer los rasgos fundamentales de una actitud mantenida por la gran mayoría de creadores de literatura en El Salvador. Esta actitud, esta especie de servidumbre colonial, alimentada en un principio por las secuelas del primer colonialismo, el hispano, y distorsionada más tarde por las imposiciones directas o indirectas de un sistema social, calibrado por otro colonialismo históricamente más alienante, y ya conocido como es el de los Estados Unidos de Norteamérica, no podría aislarse de los procesos sociales ocurridos en el resto de América Latina, debido a las constantes económicas, culturales y espaciales que tipifican a las diferentes naciones hispanohablantes. Sin embargo, ante la evidente pluralidad de manifestaciones literarias que otros países americanos han aportado dentro de un período histórico común, es obvio el atraso del panorama literario (dentro de lo cultural) centroamericano y, en especial, del salvadoreño.

Si nos permitimos buscar signos de identificación de nuestra nacionalidad, y con ella, de nuestra validez cultural, bastaría con preguntarnos en cualquier nación del hemisferio lo siguiente: "Muy bien. Yo soy un escritor salvadoreño. ¿Saben ustedes que yo soy un escritor salvadoreño?". Lo menos grave sería que se nos confundiese con el defensor de alguno de los últimos "ismos"; en Brasil creerían que procedemos de la costa atlántica de esa inmensa geografía. Lógicamente, tendríamos que amplificar un

poco más nuestra interrogante. . . "Bueno. . . ¿Saben ustedes que yo soy un escritor de un país centroamericano?" Con suerte, nos responderán "¡ah! Sí... Vos sos de la tierra de Asturias. O, a lo mejor, sos del mismo pueblo de Cardenal. ¿No es eso?"

Menuda frustración. Menuda historia de frustraciones. Ir caminando dando traspiés, a la sombra de quienes, con más visión, con más desarraigo de lo nacional, han buscado la vía de expansión de sus expresiones. Mas esa es la realidad. Esa y no otra. Y lo más lamentable es que la escisión cultural ha sido aprovechada por los afanes de un sistema que, a troche y moche, busca proyectarse como el fundo de la más extrovertida y hospitalaria población, ocurrente y vergonzosa ambición que persigue abrir coladeros para la proliferación de empresas multinacionales, para el establecimiento de centros de turismo regionales y, en el fondo, para proteger a la economía del futuro caos del monocultivo. "El día en que saquen café sintético del petróleo, nos quiebran. . ." dijo recientemente Menén Desleal. No parece muy ilógica esa "puntada". Y el algodón ya está saliendo artificialmente en multitud de variedades textiles. . .

Creemos necesario hacer una revisión, somera por cierto, de los factores que inciden y han incidido en lo que podríamos llamar, mal que bien, "literatura salvadoreña". Pero antes de pasar a establecer detalles y coordenadas, queremos dejar claramente explicado que nuestro atraso no solamente se caracteriza por un sometimiento a esos lastres histó-



ricos que han venido minando social e históricamente a los movimientos literarios, ni solamente a los planes de "transculturización" orientados por los EE.UU. mediante los solícitos servicios de las instituciones oficiales del sistema, sino también por la conducta misma del escritor, que no ve más escape para su proyección, que seguir las "pautas", las "modas" aclamadas en otras latitudes hispanoamericanas.

Contemplemos, pues, tres diferentes aspectos que, en conjunto, ofrecen una panorámica más o menos objetiva de la fenomenología de nuestra literatura. Estos aspectos son: el espacio, la doble cara del colonialismo y los planos de valoración literaria.

Gran cantidad de estos trazos han surgido en el ejercicio de la cátedra de Literatura Latinoamericana, orientada por el autor ante estudiantes de diferentes niveles, en el Departamento de Letras de la Universidad Nacional, y más que una ordenación docente pretenden ser un tema de iniciación para que comiencen a discutirse con profundidad, nuestros problemas culturales y, por lo mismo, literarios.

Hablamos aquí, en un tono conversatorio (acaso alejado de los infalibles códigos tan usuales actualmente en las academias), de cierta persistencia de los rasgos coloniales de nuestra literatura, mismos que han pasado a otra categoría no menos frenadores de nuestro desarrollo, aunque sean reflejo de la cultura impuesta por otro imperio y por las diferentes corrientes literarias de la América más evoluta, esa que ha dado autores de gran valor en el Sur.

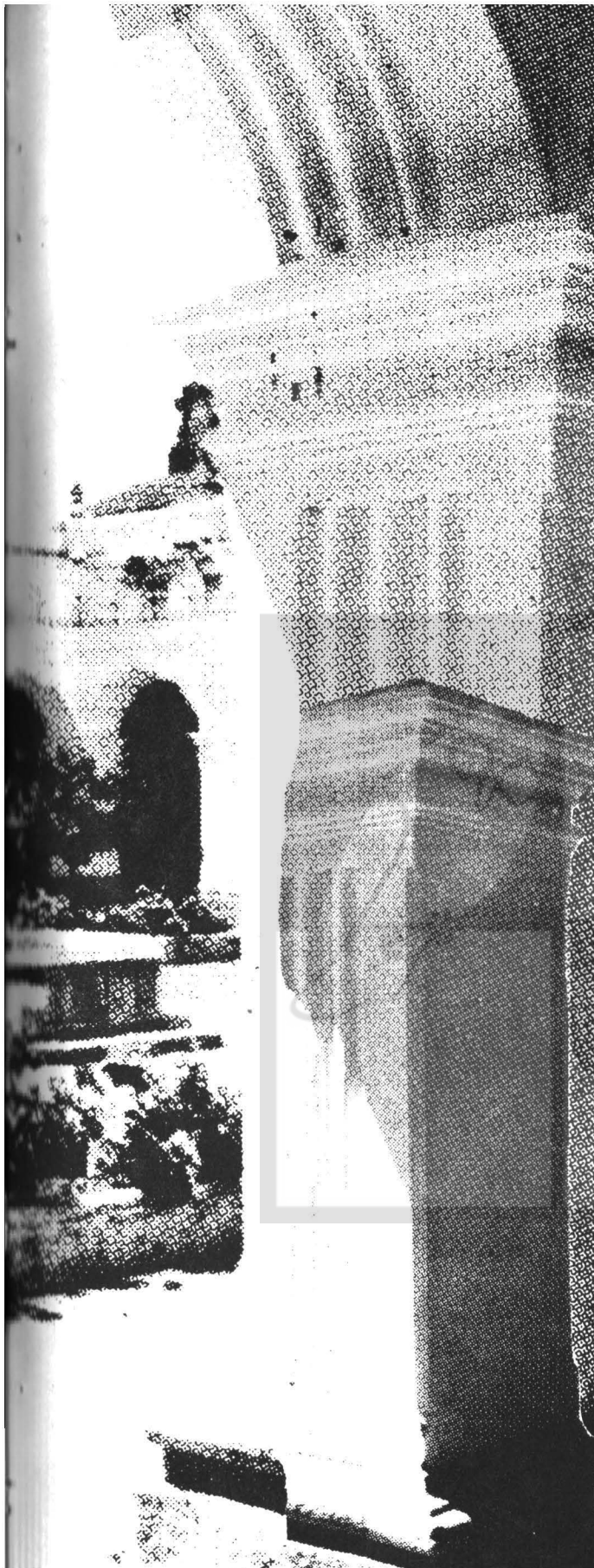
1.- LA INERCIA DEL ESPACIO

"El impacto de la montaña, del desierto y de la jungla en la historia, así como en la organización política y social, ha sido profundo. Casi en ningún lado de Latinoamérica se encuentra un asentamiento humano que, extendiéndose por el campo, llene el espacio entre una y otra ciudad."

Con lo anterior Frank Tannenbaum¹ nos hace meditar un poco, motivados también por el sopor y las moscas, sobre un fenómeno geográfico que es bastante interesante. Y es que nuestros grupos humanos, por siglos han crecido, han desarrollado su pobre labor y han ido desapareciendo con la transmisión de pobreza material y espiritual, en un ordenamiento macondino en el cual apenas si han sido objeto de noticias, las fiestas patronales, los ejercicios militares de provincia, los campeonatos de fútbol, los asesinatos en cuadrilla (cuaterismo regional, ¡viva México!, chicha, machete), la inauguración de alguna escuela con miras a justificar la persistencia del partido oficial en el poder o, ¡la lengua se nos parta! un terremoto, una inundación u otro fenómeno por el estilo. Tal pareciera que existimos aún porque los ciclones nos han dejado en paz.

Pero a falta de vientos naturales, a flor de tierra han existido hartos azotes. Nuestro país, El Salvador, la patria chica, como quiera llamársele, está

1 - Interpretación de Latinoamérica. Colección 70.- 20, 21.



dividida en dos tipos humanos muy bien definidos: El primero es el que se encuentra supeditado a las labores propias de la agricultura, el que rinde su misión a la tierra, ya sea que se desarrolla junto al surco, en una aldea o pueblo del interior, o incluso en una ciudad provincial. Todos se parecen. El cura, el secretario de juzgado, el maestro rural o de provincia, son seres lineales, sin protuberancias de pensamiento ni de sentimiento. Se ve caer un mango con la misma tranquilidad con que cae un bandido muerto a machete o con la misma impasibilidad con que la guardia golpea a un estudiante. Se reza en "tierra adentro", con la misma somnolencia con que se ve asesinar a los habitantes de una "cayetana". Es así, Ese primer tipo es así. Comisión de fritangas, leedor de pasquines y novelones, mirador de programas de cowboys, fornicador que riega hijos, peleador de casta, casanova de estirpe; cierto que el campesino no puede denotar mucho de eso, pero, en su defecto, se imprime el alma de machismo; la "cinquera" parece ser el alma de nuestros payadores; de ella extraen la filosofía ante la vida, ante los infortunios, ante las derrotas que les propina el amor. Y esto, repetimos, es igual en la comunidad típica o en la ciudad de provincia. Es igual para el comerciante agrícola, para el pequeño agricultor, para el maestro, para el alcalde, para el bachiller de juzgados, para el naciente escritor. . . porque tiene algo que suda por los poros, a más no poder.

2.- LA TIERRA

"En esta tierra, roturada por la historia y la leyenda, se vive del trabajo, sin que a nadie lo amenazara la amenaza constante de los volcanes. Cada generación salvadoreña ha intensificado los cultivos agrícolas. . ." ²

Pero esta tierra pegajosa, esta tierra que está pegada, encaramada sobre las ciudades, sobre la capital, no pasa de ser un simple crucigrama donde las manos artificiosas de los hombres que la habitaron fueron colocando las necesidades agrícolas que, secularmente, fueron trazadas por las oligarquías criollas.

"Hay indios, labradores sufridos, tristes, supersticiosos, explotados, pero las unidades de acción (Háblase de los cuentos de Salarrué) están tan bien recordadas que dejan fuera la sociología y la política. . ." ³ Por supuesto. Si bien en la época de la primera colonia se amputaba al pensamiento regional

2- Gilberto González Contreras, *Hombres entre Lava y Pinos*, Costa Amic, Editores, México, 21.

3 - Enrique Anderson Imbert, *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, Fondo de Cultura, México.

(sobre todo a un país como el nuestro que dependía más de la Capitanía General de Guatemala, que de la península ibérica misma) de toda relación con las consecuencias sociales provenientes de la dependencia económica, aun después de la independencia, aun después de que en América del Sur habían surgido modelos de literatura más ambiciosa, en cuanto a las íntimas relaciones del hombre con su medio y su proceso histórico (Amalia, Facundo; más después "Los Transplantados" de Blest Gana, "Los de Abajo", etc.), con toda esa serie de literatura floreciente en el resto del continente, literaturas que van estableciendo puntos de referencia con la naturaleza regional del Norte, del Sur, aquí, no obstante, los autores van desenredando su caudal de imaginación rebosante de vapor, cargado de telarañas, a menudo ajenas a su propia territorialidad, como en el caso de "Hombres contra la muerte", publicada en 1947, en México; y no para tratar problemas de El Salvador, como hubiesen sido los de 1932, sino para plantear otras variantes de sumisión al medio hostil del campo: las madereras. Por supuesto que la novela mencionada, con todo y su descentralización, mantiene un clima de objetividad que le otorga calidad; pero es una lente enfocada a otro panorama, a otra fase de dolor americano, no a la fase salvadoreña.

¿Qué es lo que sucede con el escritor de finales de siglo? ¿Cuál es el defocamiento que transmite al escritor que en el nuevo siglo le sucede?

Es lo lineal de nuestra historia, de nuestros acontecimientos. Pálida por años, abofeteada por instantes (unas veces tremendos) para hacerle saltar los colores en la resaca faz, nuestra historia parece ser un mismo asunto de circunstancias acaecidas bajo la mitología de lo natural, las virtudes de los "palos" milagrosos, las consejas de los habitantes en las aldeas, la escueta descripción de una inercia secular resquebrajada por cantos de pájaros, por dolientes ayes de muchachas engañadas. De ahí la sarta de páginas con las narices enterradas en la tierra miserable, pobre, inmisericorde, nefasta, cuadrada y labrada para oscuros señores. Véanse los títulos de nuestras joyas literarias: "Estampas de la Costa Grande", "Imágenes a la deriva", "Ebano", "Trasmallo", "El Janiche", "Agua de Coco"...

Por supuesto que no estamos en contra del asunto en el que se hubiese recogido la tipificación de lo meramente salvadoreño. El mismo autor de la novela "Hombres contra la muerte", Miguel Angel Espino, en "Trenes", publicada en Chile el año de 1940, (el mismo en que Ciro Alegría escribiera "El Mundo es Ancho y Ajeno"), al iniciar el desarrollo, y como un atisbo de esa *mitografía* que G.G. Márquez eleva a la categoría de evangelio, dice, refiriéndose, a la novela misma: "Y así, vestida de brisa, bajo la llu-

via nueva, salió a sacudir los faroles a la calle del pueblo, un pueblo que se salió de la geografía, tan sucio, tan pobre y tan anochecido, que todavía dan ganas de orinarse en las esquinas. . . " Es su pueblo, su país, su calle de tierra y polvo que guarda tantas huellas de botas militares, de perros, de mendigos arrastrados por la historia que jamás "pasó de zope a quique"; sólo de régimen e imperio. Uno de los tantos Macondos americanos.

Es, hemos dicho, lo lineal de nuestra historia. Hagamos un poco de ejercicio: ¿Cuáles son los puntos de referencia históricos de los cuales podemos servirnos?

- a) Llegada de Topiltzin Axitl (Aunque se discute actualmente la posibilidad de que de aquí partieran los grupos que originaron la cultura azteca).
- b) La flecha que dejó cojo a Pedro de Alvarado.
- c) La aventura del caudillo Anastasio Aquino.
- d) La matanza del 32.
- e) El asalto a la Universidad por el Cnel. Lemus.
- f) La invasión a la Universidad por el Cnel. Molina.
- g) La masacre de la Cayetana y de los estudiantes universitarios.
- h) El Salvador: país del concurso de Miss Universo.

La gran novela salvadoreña seguirá esperando que alguien aparte esas páginas sobadas y revise un poco más los capítulos que han quedado marginados. Ahí debe estar lo que no se aprovechó:

No por olvido hemos hecho poco caso de las manifestaciones poéticas. Lo que sucede es que estamos viendo el movimiento de todo un pueblo, su hundimiento en una tierra rica en "expresionismo", atiborrada de verdes, de frutos, de sabor indiano. Y estamos tratando de decir que la tierra siguió colonizando al hombre en estas latitudes. ¿A qué traer ejemplos de romanticismo pésimo y tardío? ¿A qué repetir lo que todos hemos oído? Baste decir que en poesía se han cometido injusticias muy grandes, con criterio eminentemente colonial. Así, al realizarse la selección de obras de Alfredo Espino en la naciente Dirección de Publicaciones, se tomaron en cuenta (1955) sólo aquellos poemas en los que el autor había recogido las "estampas" del paisaje o del pueblo. Lo demás fue tirado al olvido (o quemado). Años más tarde hemos descubierto (gracias a un investigador costarricense, para colmo), que el Dr. Alfredo Espino, graduado en la prometedor edad de los veinticinco, había merecido elogios especiales por su tesis "La Estética en Función Social". No creemos que un individuo preocupado por semejantes funcio-

nes escribiera únicamente lo que se ha publicado de él. Pero no. No basta con eso. Hay que señalar también, a manera de ejemplo más doloroso, la injusticia cometida contra un poeta totalmente desconocido; nos referimos a Claudio Moreno, de la ciudad de San Miguel (1862 -19..), que fue exiliado en varias oportunidades, quizá por haber dejado profecías como ésta:

"El águila rapaz del continente
no hay duda formará el más vasto imperio
con sangre y oro, infamias y crueldades..."⁴

Profecía que, como vemos, se ha cumplido. Aunque eso lo contemplaremos cuando abordemos las dos caras del coloniaje. Ese otro coloniaje que comenzó a ser denunciado hacia los años 50 y que hasta la fecha solamente ha podido reprimirse literariamente con la poesía de quienes formaron la Generación Comprometida y los grupos posteriores; pero, con todo, también estas generaciones cayeron en las redes de una trampa tendida por el espíritu de vasallaje que nos ha tipificado siempre. Ya veremos por qué. Lo extraño es que, desde que se publicaron las novelas mencionadas en este trabajo, además de los tonos de escape abordados por Hugo Lindo en sus expresiones de este género, "¡Justicia Señor Gobernador!" y "Cada Día tiene su afán", la única que ha aparecido es "El Valle de Las Hamacas" de Manlio Argueta. El mismo Doctor Lindo atribuye a factores de clima, de falta de editoriales y estrechez territorial, la poca producción de novelas; pero esto tiene una justificación más lógica. Hemos hablado de lo lineal de nuestra historia, de nuestra tierra, de nuestras costumbres. En nuestro país se tiene que hacer novela sobre los puntos de referencia históricos que señalábamos antes. En tal caso, o se cae en la denuncia de hechos políticos o en el costumbrismo. Si durante la tiranía del general Martínez no surgieron los novelistas que pudieron haber hecho

la novela de circunstancias sociales, porque evadieron el compromiso o por no sentirse capaces, mucho menos podría surgir hoy alguien que retomara el tema ese; los hechos han sido distorsionados, la poesía ha invadido esos años terribles, los investigadores andan a traspiés con los detalles. Tampoco tenemos un personaje—masa que aliente o inspire un tipo de novela como "Los de Abajo". Mucho menos podemos esperar la contraposición de diferentes tipos humanos, como en "El Mundo es Ancho y Ajeno". Hemos dicho que solamente tenemos dos tipos humanos: el del campo—pueblo—provincia, dentro del cual están comprendidos los últimos indígenas semipuros, y el otro tipo que es el de...

3.— LA CIUDAD CAPITAL.

Aquí la cosa cambia. Aquí se editan los únicos cuatro periódicos de gran circulación del país. Aquí se encuentra "La Casona" y, en ella, "el hombre", el mandatario, el que tiene de las narices a los del campo con su sonrisota. Aquí solamente hay unas cinco librerías de importancia que se preocupan por la difusión de obras reconocidas en el continente.

Como los campesinos que vienen a buscar fortuna, como la soldadesca que se queda en los suburbios al terminar su servicio militar; como los naturales de las provincias que al coronar sus carreras de medicina o abogacía o magisterio, deciden quedarse para "progresar"; como el provinciano que está harto de polvo y perros, sale a la gran ciudad, con sus mercancías y acaba poniendo un pequeño almacén, así los escritores, a lo largo de 150 años han tomado a la ciudad por asalto...

"En tren a San Salvador, aquel año, leyendo
(los itinerarios de mi país.

Viendo los cerros, los niños acurrucados. . ."
Visión del naciente poeta ⁵, que más tarde dirá, ya ubicado:

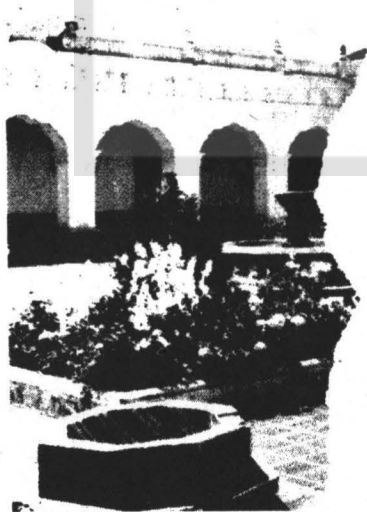
"Es la hora de la luz dolorosa de las fábricas
del espasmo y los furiosos engranajes,
esta belleza desconocida por los antiguos,
esta ciudad hermosa y enferma. . ."

Debe enfrentarse aquí a otro tipo de hombres a los que se hallan más apegados a las tuercas, al sudor de la maquinaria industrial y empresarial.

El campesino y el provinciano, con todo, en

4 — Poesía Salvadoreña 1800-1900, Rafael Mendoza. Inédito.

5 — Alfonso Quijada Urías, De Aquí en Adelante, Imp. La Idea.



su medio siguen manteniendo cierto aire de ingenuidad, cierto conformismo de clima, de pintoresquismo, cierta tranquilidad sin resortes. La televisión, el periódico, el cine, llegan lo mismo de atrasados; pero el hombre no complicado por la ciudad lo toma como una esfera a la que bien puede dejar pasar.

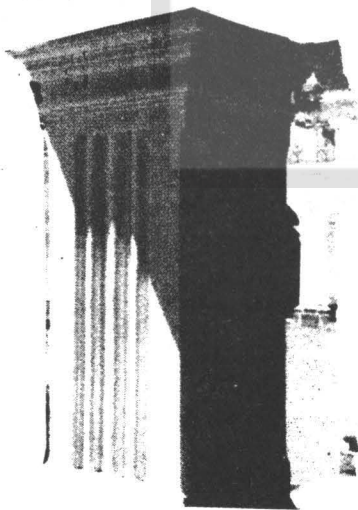
Aquí la cosa cambia. A falta de patrullas militares descalzas, en sustitución de las "parejas de guardias" que buscan la "sacadera de chicha", al desertor o al que contravino la ley, en la ciudad existe la afrenta de una más definida clasificación de estratos sociales. En el campo se sirve al terrateniente, se trabaja en las oficinas del gobierno, en las escuelas, en las "cortas", en la transformación de los recursos naturales, con conciencia de un sometimiento casi natural. "Dios así lo quiere. . .". En la ciudad se agigantan las diferencias, se comprende más el limitativo valor de un billete. Se adquiere la servidumbre a otro coloniaje. No de costumbres o tradiciones obsoletas sino de necesidades aleatorias, de "apariciencia de clase", de "civismo". ¡Pero sólo es en una ciudad importante! En la capital: en donde reside el gobernante, en donde hay una Universidad, multitud de fábricas, residencias, almacenes que puedan pagar un salario pagable, etcétera.

El escritor, generalmente no tiene ojos claros para ver a este otro tipo humano. Cuando se aborda el problema del proletario o del obrero malpagado, lo hace desde una perspectiva y orientación eminentemente política, signada por la adquisición de una conciencia forjada en la Universidad o en círculos para-universitarios. El escritor que aborda el problema de las diferencias sociales, con una conciencia social definida, generalmente trasciende los límites del lenguaje poético común entre sus compañeros. Define, más que pinta. O cae en un intimismo. Y los más claros ejemplos siguen dándose en poesía.

Y cuando el escritor adquiere la capacidad para aparecer en las páginas literarias, viene a caer en la obligada costumbre de publicar aquello que "no atenta contra el régimen. . . o contra esa clase a la que pertenecen los dueños de los periódicos". En el campo, un escritor se puede morir en el más absoluto desconocimiento. En la capital, debe luchar contra todos los obstáculos para abrirse campo. Y aquellos que logran trascender las fronteras patrias, no lo logran por sí o porque alguien les haga dar el salto. No. Hay que constituirse en núcleo férreo. Ser el "grupo" que supere las limitaciones, a la sombra de los escritores anteriores y con los tacones alejados de los que vienen detrás. Esto es muy explicable. Debe constituirse una "resistencia de la literatura".

Con tales necesidades, no es de extrañar que surja otro mal, otro síntoma de retraso: la inquina, el chisme, el celo profesional, la envidia, la falta de crítica honesta, la monopolización de los centros (escasos centros) de edición, el compadrazgo y la distorsión de la verdadera imagen cultural y literaria del país.

Se dirá que esto no es problema sólo de El Salvador. Bueno. Ciertamente es que estas miserias abundan en otras latitudes; pero. . . es de admirar que, a pocos kilómetros de nuestro país, en Nicaragua, los poetas que se han destacado a lo largo de todos estos años, andan del brazo de los más jóvenes, sin diferencias, desde las páginas del único periódico que (pese a la censura) se da el lujo de publicar el mejor suplemento literario del área. El único problema de Nicaragua es que, estos jóvenes, sin darse cuenta han sido avasallados por el caudillismo, rindiéndose a la realización de un tipo de poesía normada por la obra de tres o cuatro poetas mayores, los cuales nunca tendrán el valor necesario para decir, como dijera Darío en *Prosas Profanas* (Palabras Liminares) ⁶ "Ante todo. . . no seguirme. . ." Pero eso es problema de Nicaragua, más atrasada y gol-



6 - Rubén Darío, *Poesías Completas*, Aguilar.

peada que El Salvador. Claro. Es eso: lo contradictorio. La novela centroamericana es Miguel Angel Asturias; la poesía centroamericana es Cardenal o Carlos Lohlé.

Dejemos claro, entonces, que en El Salvador aunque exista una decena de escritores (más poetas que narradores; ¡ni pensar en otros géneros!) estos deben quedarse, como en la colonia, como simples héroes de su calle, de su barrio, de su aldea o de su ciudad natal. Ganar unos juegos florales para colgar un diploma. O... ¡cuidado!, irse con los escritos a otra parte. Saltar los alambrados de esta demarcación indiana. Veamos que pasa en tal caso:

El único gran poeta que en verdad pudo conformar una obra auténtica, mantenida y acrecida a través de los años fue Roque Dalton. Pero su caso es el de un poeta verdaderamente dotado para fundir el problema del hombre de su tierra, urbano o provinciano, dentro de una obra con características de pronunciación original. Desde "La Ventana en el Rostro", Roque se perfilaba ya como un escritor grandilocuente, gran observador de la naturaleza humana y nacional, buen descifrador de los signos que los de su misma generación no han podido desenmarañar ni en París. Detrás de él, quizá sólo José Roberto Cea merecía ser salvado. En realidad ha luchado contra la hostilidad del medio para salvar su obra. Ese mérito no puede disputársele. Si algo en él ha existido, que en otras ocasiones debimos señalar, ha demostrado que la prueba del tiempo no pudo hacerle doblegar.

Pero... ¿Y los escritores anteriores a estos, dónde están? ¿Qué hacen?

4.— LO NUEVO INFLUYENTE

Hemos querido dejar para el final lo que consideramos el más grave peligro a que nos somete el estar situados en la demarcación geográfica en que nos hallamos: en una ciudad capital rodeada de monte por todos lados.

Esas mismas limitaciones que nos tipifican como habitantes de un medio atrasado culturalmente, que recibe tarde todas las noticias, que no recibe ninguna información literaria, que posee centros académicos alucinados con un estructuralismo ya muy manoseado en otras partes, que es mediocre en su enseñanza, en sus sistemas de estudios, en todas sus etcéteras, esas mismas limitaciones, decimos, nos hacen súbditos de otro mal:

Vivimos a la expectativa de las últimas corrientes literarias que se manifiestan en otros países de América. Vivimos pendientes de cuántas obras



son premiadas en otras partes. Al igual que antes se escribía romanticismo, cuando éste ya había sido superado, ahora queremos escribir al estilo de lo que traen las revistas atrasadas, los libros premiados por los grandes certámenes (CASA, el primero); y seguimos enviando libros "tipo premio tal", con la esperanza de que nos vean un poco a la moda. Esta servidumbre es peor que la ejercida por los patrones musicales y por las camisas de manta.

Ayer se seguía a Neruda, a Vallejo, a Hikmet, a Elluard, a Prevert, y otros. . .

Ahora se sigue a los que están en la lista de las más importantes editoriales. . .

Servidumbre. Pura servidumbre que no nos permite buscar de nuevo los elementos para transformarlos. Coloniaje que, sin querer, han dado los Fernández Moreno, los Retamares, los Cardenales, los Benedettis. Ellos y otros muy valiosos, muy grandes. Demasiado quizá para que nuestros "jóvenes" recién salidos traten de buscarse ante las grandes contradicciones que les rodean. Y siquiera sólo anduvieran poniendo los ojos en los mencionados; pero. . . ¡hay que verles por ahí, con los libros de Cummings, Cavafis, Rimbaud (¡a estas alturas!) o Ezra Pound, bajo el olímpico brazo. . .! Eso, cuando no se han dejado sorprender por la "Poesía Visual" y demás carajaditas. . . Pero en fin. . . Como dijo Roque Dalton:

LOS POETAS SON COBARDES CUANDO
NO SON IDIOTAS,
NO DEPENDEN DE MI.
AHORA TODOS ELLOS ESCRIBEN NOVELAS
PORQUE YA NADIE TRAGA LOS SONETOS
ESCRIBEN SOBRE LA MARIGUANA
Y OTROS EQUIVOCOS MENOS BRUMOSOS
PORQUE YA NADIE QUIERE SABER NADA
DEL FUTURO.
Y QUE MALEABLES SON:
SI COMENZARAMOS A CORTARNOS LOS
DEDOS,
MILES DE NARICES POETICAS
IBAN A QUEDARSE SIN SU VIEJA CARICIA
INTIMA ;



5.— DOBLE CARA DEL COLONIAJE (OTROS EQUIVOCOS MENOS BRUMOSOS)

Los lastres del primer coloniaje: atraso en la expresión de las formas, atraso en la difusión de las obras, atraso de cultura entre los públicos, atraso en las temáticas, idilización de la tierra, romancero de pupuserías y escapadas a los rincones del romanticismo tardío.

El coloniaje impuesto por todas las corrientes, istmos y periodismos, muerte de autores de valor que van dejando en el ánimo de los jóvenes creadores una semillita de perturbación que les incline a escribir "como. . ."

(El único que le ha pegado un bofetón madre al primer coloniaje fue Darío. Modernismo, ¿eh? Sí. La Vieja Madre ya no hallaba qué hacer con su lengua. Y vino este indio al que "todavía se le veían las plumas debajo del sombrero", y les enseñó que América podía devolverles la sumisión. Desde entonces, lo mejor de la literatura castellana se ha dado en América; pero no tenía que ser únicamente en el centro de América. . . Nicaragua, claro. Poesía Nicaragüense. Exteriorismo para combatir a la gran bola de sebo; pero. . . ¿quién ha puesto el grito en el cielo para salvar el nombre puro, auténtico y valiosísimo de un César Brañas? Por supuesto, a Lohlé no le importa un camino la auténtica poesía. . . ¿Azofeifa? Bueno, nadie le discute nada al buen viejo; pero. . . no va con la "onda". . . Hay que putear. . . hay que hacer escandalada. . . ¿De qué te quejas, Rafael. . .? ¿Acaso no se ha dado lo suyo a Roque? Por supuesto. ¡Pero y los otros! ¿Qué pasa con José María Cuéllar, con Alfonso Quijada Urías, con Alfonso Hernández, con Rigoberto Góngora, con Jaime Suárez, con Miguel Huezco Mixco, con. . . bueno, con Rafael. . .)

¡Sólo esto nos faltaba! ¡No hay cuentistas!
¡No hay novelistas! ¡No hay ensayistas! ¡No hay
teatristas! ¡No hay. . .!

¡Pongámonos camisa de manta! ¡Cantemos lo
de América del Sur! ¡Démosle gusto a Parra! ¡Sigamos
comiendo emes góticas!

Después de todo, alguien se preocupa por escribir las guías turísticas, en las cuales siguen apareciendo el general José María Peralta Lagos, el general Juan J. Cañas, Claudia Lars y Salarrué, únicos pilares de este ilustre señorío.

Y, por supuesto, las editoriales del país, incluyendo las de sus dos universidades, están demasiado ocupadas con el fusilamiento. . .